

# LOS MEJORES RELATOS POLICIAACOS

**Stanley Gardner, Mickey Spillane,  
John D. Macdonald, Ed McBain y otros...**

# 2

*Selección de Pronzini, Malzberg y Greenberg*



Los grandes maestros de la literatura policial unidos por esta magistral pericia que atrapa al lector en una vorágine de angustia y tensión crecientes.

Ed McBain, en «J», nos sitúa en la célebre Comisaría 87 para elucidar un asesinato que puede tener oscuras motivaciones rituales. Mickey Spillane, en «Moriré mañana», nos ofrece una original venganza. Erle Stanley Gardner se desentiende de Perry Masón para explorar, en «Peligro del pasado», la tortuosa relación entre dos ex presidiarios. John D. MacDonald se interna en las peligrosas pesadillas que produce el alcohol: «Resaca». Bill Pronzini alerta, en «Un anhelo de originalidad», sobre los peligros que acechan a un escritor ávido en demostrar su originalidad. Talmage Powell en «Alguien se preocupa», una soberbia narración sobre el asesinato de una total desconocida.

Súmense a estos autores dos nombres venidos de otros campos: Pearl S. Buck, que trueca la evocación sentimental de Oriente por la terrorífica historia de un secuestro: «Rescate»; y Robert Silverberg, maestro de la ciencia ficción, que en «Muchas mansiones» relata la alucinante persecución homicida por los laberintos del tiempo.

Y otros autores magistrales: T. S. Stribling, John Lutz, Marcia Muller, Elizabeth Morton...

«Una antología extraordinaria» (Book Review).

# Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Los mejores relatos policíacos 2](#)

[Introducción](#)

[El rescate \(Pearl S. Buck\)](#)

[Un pasaje para Benarés \(T. S. Stribling\)](#)

[Peligro del pasado \(Erle Stanley Gardner\)](#)

[Moriré mañana \(Mickey Spillane\)](#)

[Resaca \(John D. MacDonald\)](#)

[«J» \(Ed McBain\)](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[La forma verdadera de la costa \(John Lutz\)](#)

[Tiovivo \(Marcia Muller\)](#)

[Un anhelo de originalidad \(Bill Pronzini\)](#)

[Un intento sencillo y voluntarioso \(Elizabeth Morton\)](#)

[Alguien se preocupa \(Talmage Powell\)](#)

[Muchas mansiones \(Robert Silverberg\)](#)

## INTRODUCCIÓN

Este segundo volumen de *Los mejores relatos policíacos* completa la antología compilada por Bill Pronzini, Barry N. Malzberg y Martin H. Greenberg para la prestigiosa editorial norteamericana Arbor House. En la introducción al primer volumen, John D. MacDonald subrayaba que los autores en él incluidos «han aprendido las técnicas de la condensación, la ilusión, la desorientación honesta y la disciplina para dejar fuera del texto lo que no debe aparecer... Cada uno tiene su propia manera de convertir la imaginación en una clase de realidad que usted aceptará mientras dure el relato. Eso, dicho con otra palabra, es el estilo».

Y lo expresado sobre el primer volumen vale, también, para el segundo. En las páginas que siguen, el lector encontrará relatos firmados por algunos de los autores más célebres del género —el prologuista John MacDonald, el compilador Bill Pronzini, el polémico Mickey Spillane, el siempre original Ed McBain, el clásico Erle Stanley Gardner, la novelista Pearl S. Buck en una impecable incursión en el género policíaco, el injustamente olvidado Talmage Powell— junto a otros que, aun siendo menos conocidos, aparecen aquí porque lo han ganado con la excepcional calidad de sus textos. Tal es el caso de T. S. Stribling que nos desconcierta con una historia insólita, distinta de las que estamos habituados a encontrar en este tipo de antologías, y que, de pronto, merced a una espectacular vuelta de tuerca, nos conmociona con uno de los desenlaces más originales y sorprendentes que uno pueda imaginarse.

También sale de lo común la investigación que describe el relato de John Lutz, pues los razonamientos encaminados a descubrir la identidad del asesino se desarrollan en una mente desquiciada por la locura y en el ámbito de un instituto psiquiátrico. Marcia Muller y Elizabeth Morton se salen igualmente de los caminos trillados, y la segunda, sobre todo, demuestra tener una pericia especial para los golpes de efecto escalofriantes.

Queda, por último, aunque no porque sea menos importante, el relato de Robert Silverberg, figura clave de la ciencia ficción, que en esta incursión por el campo de lo policíaco no llega a desprenderse totalmente de las técnicas del género que le hizo famoso. Por el contrario, las aprovecha al máximo para urdir una trama jalonada de paradojas temporales y espaciales que introducen al lector en un vertiginoso torbellino de asesinatos y culpas circulares, donde la proverbial serpiente se muerde la cola en un alarde de ingenio y versatilidad probablemente insuperable.

EL EDITOR

## EL RESCATE

Pearl S. Buck

*La mezcla de lo corriente y lo terrible, la rutina y el temor ineludible, que es su circunferencia, pocas veces se ha conseguido tan bien como en este relato de un secuestro escrito por el segundo autor norteamericano y primera mujer que ganó el premio Nobel de literatura (1936). El lento desvanecimiento de la reputación de Pearl S. Buck en sus últimas décadas hará que este relato sea una revelación sorprendente para quienes no estén familiarizados con su obra. La manera cuidadosa y comedida de abordar el terror y lo incontrolable aproximan esta narración a las de Cornell Woolrich, un autor contemporáneo que la habría admirado (y que él mismo no podría haber superado).*

La sinfonía de Beethoven se detuvo bruscamente: una voz clara y metálica interrumpió la melodía del tercer movimiento.

«Últimas noticias. El cuerpo de Jimmie Lane, hijo secuestrado del señor Headly Lane, ha sido hallado esta tarde a orillas del río Hudson, cerca de su casa. Así finaliza la búsqueda de...».

—¡Kent, apaga la radio, por favor! —exclamó Allin.

Kent Crothers titubeó y luego apagó el aparato. Allin permaneció un momento en silencio, mordiéndose el labio.

—¡Esa pobre madre! —dijo al fin—. Tantos días sin perder la esperanza...

—Supongo que es mejor saber algo definitivo —comentó él en voz baja—, aunque sea lo peor.

Tal vez, aquel era un buen momento para hablarle y advertirle de que estaba dejando que su preocupación por el secuestro se convirtiera en una obsesión. Al fin y al cabo, los niños seguían creciendo en Estados Unidos, incluso en familias acomodadas como la suya. El problema estribaba en que ellos no eran lo bastante ricos pero, aun así, lo suficiente para... No lo bastante ricos para contratar guardaespaldas que protegieran a sus hijos, pero sí lo suficiente porque el padre de Kent poseía una fábrica de papel, lo cual hacía que fueran conocidos, por lo menos entre sus vecinos.

Tenían que dar por sentado que no pertenecían a la clase millonaria y, en consecuencia, no eran una presa apetecible para los secuestradores. Tenían que hacerlo por el bien de Bruce, que empezaría a ir a la escuela el próximo año. Bruce recorrería las calles como lo hacían millones de niños norteamericanos, pues Kent no estaba dispuesto a permitir que escoltaran a su hijo para recorrer tres manzanas, ni siquiera que lo hiciera Peter, el sirviente, porque eso sería más perjudicial que beneficioso para el muchacho. Después de todo, vivían en una democracia y Bruce tenía que crecer entre la multitud.

—Voy a ver si los niños están bien tapados —dijo Allin—. Betsy retira las mantas siempre que puede.

Kent sabía que su mujer sólo quería asegurarse de que los niños seguían allí; también se levantó y, al tiempo que encendía su pipa, pensaba en cómo podía empezar. Subieron juntos las escaleras, cogidos de la mano. Ella abrió la puerta del cuarto de los niños, y Kent pensó en lo ridículo que era que aquellos temores le afectaran a él también. Ca-

da vez que abrían la puerta su corazón se detenía un instante, hasta que veía las dos camas, cada una con una cabecita reposando sobre la almohada.

Estaban allí, naturalmente. Kent se acercó a la cama de Bruce y miró a su hijo dormido, un guapo diablillo. Dormía tan profundamente que cuando su madre se inclinó sobre él ni se movió. Tenía el cabello negro enmarañado, y los labios formaban un puchero. Era moreno, pero tenía los ojos azules de Allin.

Los esposos no hablaron. Allin tapó cuidadosamente con la mano el brazo descubierto del muchacho, y permanecieron allí un momento más, cogidos de la mano y mirando al niño. Entonces Allin miró a Kent y sonrió, y él la besó. Puso un brazo sobre sus hombros y se acercaron a la cama de Betsy.

Aquella era la obsesión de Kent, él podía decir con firmeza que Bruce debía correr sus riesgos como los demás niños, porque un chico ha de aprender a ser valiente. Pero aquella chiquilla, una criatura tan diminuta... Su cabello era del color castaño rojizo que tenía el de Allin, pero por algún milagro sus ojos eran negros como los de él, y cuando se miraba en ellos parecía mirarse a sí mismo.

La pequeña respiraba ahora, un tanto desigualmente, por la pequeña nariz.

—¿Qué tal va el resfriado? —susurró él.

—Parece que no empeora —respondió Allin—. Le he puesto pomada en el pecho.

Cuando le sucedía algo a la niña, Kent siempre se enfadaba, y no confiaba demasiado en Mollie, su niñera, la cual era quizás una mujer de buen corazón, pero despreocupada.

La niña se movió y abrió los ojos. Parpadeó, sonrió y tendió los brazos a su padre.

—No la cojas, querido —le aconsejó Allin—. Si lo haces una vez, querrá que lo hagas siempre.

Así pues, Kent no la cogió, y se limitó a colocarle los brazos bajo las mantas juguetonamente, primero uno y luego el otro.

—Anda, cariño, duerme —le dijo.

Ella siguió tendida, sonriente y somnolienta. Era una criatura obediente.

—Vamos..., apaguemos la luz —susurró Allin.

Salieron de puntillas y regresaron a la sala de estar.

Kent se sentó y fumó su pipa, pensando en todo lo que quería decirle a Allin. Era esencial para su bienestar creer que nada podría sucederles a sus hijos.

—El secuestro es como la caída de un rayo —empezó a decir bruscamente—. Ocurre, desde luego..., una vez entre un millón. Lo que has de recordar es que todos los demás niños están perfectamente a salvo.

Ella se había sentado en el sofá, ante el fuego, pero se volvió hacia él cuando dijo estas palabras.

—Sinceramente, dime qué harías, Kent, si una noche, cuando subiéramos al cuarto...

—¡Tonterías! —le interrumpió Kent—. Eso es lo que he intentado decirte. Es tan improbable como... ¡La culpa la tienen los malditos periódicos! Cuando algo sucede en una parte del país, tienen que enterarse hasta en el último villorrio.

—Jane Eliot me dijo que el número de secuestros es tres veces superior al de los que salen en los periódicos —dijo Allin.

—Jane es periodista. No debes permitir que su intuición del drama...

—Pero ha trabajado en muchos secuestros —replicó Allin—. Me contó el caso Wyeth...

Aquel era el momento de hablar, cuando la inquietud secreta de Allin hacía que le temblara la voz. Kent le cogió la mano y se la acarició mientras le hablaba. No debía olvidar que era una mujer profundamente emotiva, y aquella angustia le rondaba desde antes de que Bruce naciera. Él

ni siquiera había pensado en ello hasta que una noche, en la oscuridad, ella le hizo la misma pregunta:

—¿Qué haríamos, Kent, si...?

Pero entonces él no supo a qué se refería.

—¿Si qué? —le preguntó.

—Si un día raptaran a nuestro hijo.

Él respondió con lo que entonces sentía y ahora creía que era cierto.

—¿Por qué preocuparse por lo que nunca sucederá?

Sin embargo, había seguido todos los casos de secuestro desde que Bruce vino al mundo.

Ahora besó la mano de Allin.

—No puedo soportar que sientas tanto miedo. Es innecesario, cariño, y tú lo sabes. No podemos vivir bajo la sombra de eso, hemos de adoptar una posición racional al respecto.

—Eso es lo que deseo, Kent. Me gustaría no tener miedo..., si supiera cómo.

—Al fin y al cabo, la mayoría de la gente cría a sus hijos sin pensar en ello.

—La mayoría de las madres piensan en ello —dijo ella—. La mayoría de las mujeres que conozco me han hablado de esa posibilidad alguna vez, y eso ha sido suficiente para comprender que siempre piensan en que pueda suceder.

—Sería mejor que no hablaras de ello.

—Seguimos preguntándonos qué haríamos si ocurriera, Kent —insistió ella.

—¡Esa es la cuestión! Por eso creo que si decidimos ahora lo que haríamos..., siempre teniendo en cuenta que es sólo la posibilidad más remota...

—¿Qué haríamos, Kent?

—¿Me prometes que lo considerarás tan remoto como..., como un ataque aéreo contra nuestra casa?

Ella asintió.

—Siempre he pensado que si raptaran a los niños, me limitaría a dejar inmediatamente el asunto en manos de la

policía.

—¿Qué policía? —preguntó ella—. ¿El viejo chismoso Mike O'Brien, que lo primero que haría sería contárselo a los periódicos? Jane dice que es fatal dejar que la prensa se entere.

—Bueno, entonces se lo diría a la policía federal...

—¿Cómo te pones en contacto con ellos?

Él tuvo que confesar que no lo sabía.

—Lo averiguaré —le prometió—. De todos modos, cariño, lo que hemos de determinar es el principio. Una vez decidamos lo que haríamos, podemos dejar de pensar en ello. Nada de rescate, Allin... De eso estoy seguro. Mientras sigamos pagando rescates, habrá secuestros. Alguien tiene que ser lo bastante fuerte para tomar la iniciativa de no ceder. Entonces, quizá las demás personas se den cuenta de lo que deberían hacer.

Pero ella no parecía convencida. Cuando habló, lo hizo en voz baja y llena de temor.

—La verdad, Kent, es que, aunque decidamos no pagar rescate, llegado el caso no podríamos mantener esa decisión... Quiero decir que las cosas serían distintas ante el hecho consumado. Supón que raptaran a Bruce, imagina que estuviera resfriado y fuera invierno, que se lo llevaran de la cama caliente en pijama... Haríamos cualquier cosa. ¡Sabes que lo haríamos! —Se apresuró a añadir—: No nos importarían los demás niños, Kent, sólo pensaríamos en nuestro pequeño Bruce y en nadie más. Lo único que nos importaría sería recuperarlo al precio que fuese.

—Tranquilízate, cariño —le pidió él—. Si te pones así, no podemos hablar del asunto.

—No, Kent, por favor. Quiero que hablemos, quiero saber lo que deberíamos hacer. ¡Ojalá no tuviera miedo!

—Ven aquí, acércate más —dijo Kent, atrayéndola hacia su posición en el sofá—. En primer lugar, sabes que quiero a los niños tanto como tú, ¿verdad? —Ella asintió, y Kent

continuó—: Entonces, cariño, haría cualquier cosa que me pareciese lo mejor para nuestros hijos, ¿no te parece?

Harías las cosas lo mejor que supieras, Kent. La cuestión está en si alguno de nosotros sabe qué hacer.

—Sólo sé —dijo él con voz grave—, que hasta que dar y recibir rescates esté prohibido por la ley, habrá secuestradores. Y hasta que alguien adopte una actitud decidida al respecto, no se hará nada. Ésa es la ley del gobierno democrático. La gente tiene que iniciar la acción antes de que el gobierno tome una medida.

—¿Y si los secuestradores pidieran que no llamáramos a la policía? —preguntó ella.

Él se sintió confundido ante una pregunta tan concreta. ¡Parecía dar por sentado que el secuestro podría producirse!

—Todo depende de si quieres ceder ante los malhechores o mantener tus principios.

—Pero, ¿y si raptaran a nuestro propio hijo? —insistió ella—. Sé sincero, Kent. Por favor, no te protejas con eso de los principios.

—Estoy tratando de ser sincero —dijo él lentamente—. Creo que me guiaría según mis principios y confiaría en encontrar alguna solución por otros medios.

Vacilante, miró los ojos de su mujer, unos ojos que expresaban incredulidad.

—¡Procure recordar exactamente lo que ocurrió! —le gritó a la necia niñera—. ¿Dónde la dejó?

Allí estaba más calmada que él, pero media hora antes, su voz a través del teléfono había sido un grito:

—¡Kent, no encontramos a Betsy!

Él estaba en la junta de directivos de la fábrica, pero se levantó de inmediato.

—Perdón —dijo bruscamente—, pero tengo que irme en seguida.

Su padre enarcó sus canosas cejas.

—¿Es algo tan grave, Kent?

—Creo que no —respondió, y se mantuvo lo suficientemente firme como para no decirle lo que Allin había gritado—. Ya te diré de qué se trata.

Subió al coche y condujo hasta su casa como si estuviera loco. Al frenar ante la puerta de la verja levantó una polvareda de gravilla. Allí estaba Allin, con Mollie, la niñera boba, que sollozaba.

—Estábamos aquí, señor, esperando que Bruce volviera de la escuela, como todos los días, y dejé a la niña en el suelo, ya pesa demasiado como para llevarla en brazos. Iba a buscar un pañuelo limpio para limpiarle las manitas que las había metido en un charco de agua de la lluvia caída esta mañana. Cuando volví, no estaba. Busqué entre los arbustos, señor, por todas partes..., y entonces llamé a gritos a la señora.

—Lo he registrado todo, Kent —susurró Allin.

—¡La puerta! —exclamó él.

—Estaba cerrada con llave, señor, —gimió Mollie—. Tuve bastante sentido para hacer eso antes de entrar en casa.

—¿Cuánto tiempo estuvo ausente? —le gritó él.

—No lo sé, señor —dijo Mollie sollozando—. ¡No me pareció ni un minuto!

Kent se precipitó en el jardín.

—¡Betsy! ¡Betsy! ¡Ven con papá! ¡Aquí está papá! —Se agachó para mirar bajo los grandes arbustos de lilas—. ¿Has mirado en el garaje? —le preguntó a Allin.

—Peter lo ha registrado dos veces.

—Voy a registrarlo yo mismo. Entra en casa, Allin. A lo mejor se ha escondido en algún rincón.

Entró en el garaje y Peter salió de debajo del coche pequeño.

—No eztá aquí, zeñó —susurró—. He mirao por toaz parte.

Pero Kent miró de nuevo, mientras Peter le seguía como si fuese un perro. En el fondo de su mente había un número telefónico, Nacional 7117. Lo había averiguado el año anterior, después de la conversación que sostuvo con Allin aquella noche. Pero no llamaría todavía, pues estaba seguro de que Betsy se encontraba en alguna parte.

Se oyó un ruido en la puerta y Kent salió corriendo, pero era Bruce.

—¿Qué te ocurre, papá? —le preguntó el chico.

Kent tragó saliva; no había motivo para asustar a Bruce.

—Oye, Bruce, has visto por ahí a Betsy cuando venías de la escuela, ¿verdad?

—No, papá, no he visto a nadie excepto a Mike, que me ayudó a cruzar la plaza porque pasaban coches.

—¿Qué es eso? —Peter señalaba algo.

Era un trozo de papel blanco colocado bajo una piedra.

Kent supo en seguida qué era. Había leído aquella nota docenas de veces en los informes de los periódicos. Se agachó y recogió la nota. Allí estaba..., la nota garabateada, con una caligrafía desfigurada, torpe. «Hemos estado esperando esta ocasión. Cincuenta de los grandes es el precio. Buscadlos si no los tenéis, papaitos. Recibiréis instrucciones del sitio dónde dejarlo. Si avisáis a la policía, matamos a la niña».

—¿Qué es, papá? —inquirió Bruce.

—Llévale adentro —ordenó Kent a Peter.

¿Dónde estaba Allin? Tenía que... ¡Le había prometido que no ocurriría! Tenía el número de teléfono, pero...

—¡Allin! —gritó.

Oyó que bajaba corriendo desde el desván.

—¡Allin! —repitió con un grito ahogado.

Ella estaba allí, pálida y llena de terror... ¡Tan impotente! ¡Señor, qué impotentes eran los dos! Kent pensó que necesitaba ayuda; tenía que saber exactamente qué hacer. Pero, ¿acaso no había decidido mucho tiempo atrás lo que debería hacer? ¿Qué sabía de los malhechores y los se-

cuestradores? Algunas personas que pagaban el rescate también perdían a sus hijos. Necesitaba un consejo de confianza.

—¡Voy a llamar a Nacional 7117! —dijo abruptamente.

—¡No, Kent, espera!

—Tengo que hacerlo —insistió él. Antes de que ella pudiese moverse, corrió al teléfono y lo descolgó—. ¡Póngame con Nacional 7117!

Ella palideció todavía más. Kent le tendió la mano con la nota arrugada. Allin la leyó y trató de quitarle el receptor.

—No, Kent..., espera. No sabemos nada. ¡Espera a ver qué dicen!

Pero una voz sosegada hablaba ya al otro extremo de la línea:

—Aquí Nacional 7117.

Y Kent gritó ásperamente:

—Quiero informar de un secuestro. Se trata de nuestra pequeña. Kent Crothers, Avenida Eastwood 134, Greenvale, Nueva York.

Escuchó la voz que le decía que no hiciera nada, que esperase hasta el día siguiente; entonces tendría que ir a una fonda de un pueblo, a unos ochenta kilómetros de allí y encontrarse con un hombre que llevaría un traje gris.

Allin susurraba constantemente:

—La matarán, Kent..., la matarán.

—No, no lo harán. Nadie lo sabrá. —Colgó el teléfono y le dijo en tono firme y confiado—: ¡Esa gente de Washington no se lo dirá a nadie! Además, ¡necesitamos ayuda!

Ella se quedó mirándole con una expresión horrorizada.

—La matarán —repitió.

Kent quería marcharse a algún lugar donde poder llorar, pero era un hombre y no podía llorar. Allin tampoco lloraba. Entonces, de repente, se abrazaron y derramaron juntos unas lágrimas terribles y silenciosas.